

## Palabras de salutación a los miembros del VII Congreso Panamericano del Niño

Por el Dr. Ignacio Chávez <sup>1</sup>

Señor Presidente de la Academia,  
Señores Delegados,  
Señores Académicos:

La Academia Nacional de Medicina abre hoy las puertas de su vieja casa para recibir a un grupo selecto de hombres que han venido al país, trayendo, bajo los pliegues de su investidura, la limpia credencial de hombres de ciencia, acreditados en misión de estudio y de cooperación en favor de la niñez de América.

Ninguna embajada más que ésta reclamaría de nosotros el tributo de la simpatía y ninguna como ésta obliga la pleitesía del homenaje.

Es que nuestra Academia, siendo como es en México la más vieja casa de investigación en el campo de la medicina, no es, sin embargo, la casa amurallada donde sólo interesen los problemas de la ciencia pura y de la investigación, austera y rígida. Llegan a su recinto, por las anchas ventanas por donde se asoma el mundo, los vientos de todas las inquietudes y la palpitación de todas las necesidades humanas. Y en cada una de esas inquietudes y de esas necesidades donde la medicina pueda contribuir al mejoramiento de los hombres, la Academia enfoca su atención y apresta su ayuda, con igual interés con que discute los problemas del conocimiento desligados por hoy de toda idea de utilidad.

Y este problema de protección de la niñez ha sido siempre particularmente caro a la Academia, porque ella sabe, como vosotros, que la sola esperanza de una humanidad mejor radica en el cultivo, la protección y la educación inteligente de los niños de hoy. Este año mismo la Academia escogió como tema de su concurso anual la formación de la cartilla mínima de higiene con que deba educarse al niño campesino.

Ya veis, señores delegados al Congreso Panamericano del Niño,

<sup>1</sup> Leído en la sesión extraordinaria celebrada el 17 de octubre de 1935.

ya veis por qué la Academia—aparte el reconocimiento de vuestra prestancia intelectual—ha tenido un especial interés en recibirnos, como una forma de honrar vuestro apostolado en la ciencia y en la acción.

Y pues que habéis venido de todos los rincones de la América, salvando cordilleras o atravesando mares, para traer un mensaje de aliento en la obra que ha de ser común, permitid que la Academia de Medicina, por mi voz, os trasmita su mensaje de optimismo.

En la inquietud, a veces angustiosa, de la hora presente, en que una mirada superficial podría ver sólo el derrumbe, sin percatarse de que atrás la humanidad intenta edificar una nueva vida, los médicos tenemos un papel importante que no debemos rehuir. Pocos, quizá, podrán contribuir como nosotros en que esa obra sea lo que debe ser. Por no comprenderlo bien, flota en el mundo un espíritu de desconfianza, cuando no de sordo rencor, contra las minorías selectas. Vivimos en la edad de las masas y necesitamos ajustar nuestro paso al ritmo de los tiempos, sin perder, por eso, lo mejor de nuestra esencia. Tradición no significa rutina y superioridad mental no significa desdén ni menos autoriza incomprensión. Estáis aquí un grupo selecto, funcionarios de Estado, unos; profesores universitarios, otros; trabajadores sanitarios los demás, y todos, hombres de ciencia, sin dogmas, sin prejuicios, sin sectarismos, que impidan mirar la realidad.

Necesitamos que las nuevas generaciones de médicos, que están gestando nuestras universidades, salgan al mundo con un bagaje hecho por igual de cultura y disciplina científicas, que son normas de criterio, y de clara visión social, que será su norma de acción. Una misión trascendente como la que os habéis impuesto y como tantas otras, incontables, que reclama la medicina social de nuestros tiempos, no podrán ser comprendidas ni menos amorosamente servidas por el médico que tenga de su profesión el criterio con que se gobernó en otros tiempos. Y ese nuevo criterio ha de incubarse en nuestras Facultades. Cuando al cumplir cien años de vida la nuestra, tuve el honor de delinear sus propósitos, decía ante las delegaciones universitarias extranjeras que recogieron la promesa: "No sólo la escuela que enseña, que investiga y que crea: queremos ser también la escuela que forme profesionistas conscientes de su misión social, imbuídos de la obligación imperiosa de servir. Queremos acabar con el tipo sordido del médico egoísta, que hace de su profesión sólo un instru-

mento de medro, cuando no una patente de corso. Queremos hacer de nuestra Facultad una institución en que cada maestro sea como un arquetipo de virtud ciudadana y de honradez espiritual y en que cada alumno sea el cultor esforzado de su propia vida; forjado en la recia disciplina del trabajo, pero sin ataduras en la mente; inquieto, pero con esa noble inquietud del espíritu que busca siempre un camino mejor; rebelde a todo dogmatismo, pero respetuoso de toda superioridad en el talento o el saber; ávido de adueñarse del futuro, que es suyo, pero sin el morbo fatal del arrivismo, que no es sino afán insano de llegar pronto, de triunfar sin esfuerzo, de suplantar sin derecho. Tanto como el del médico-sabio, queremos realizar el tipo del médico-hombre en toda la nobleza de su acepción."

Sin esa recia formación de nuestras juventudes médicas, sin esa visión comprensiva y generosa de las necesidades sociales, los médicos no podremos realizar la obra que nos corresponde en el futuro de América y corremos el riesgo, cada día mayor, de divorciarnos de la realidad ambiente.

La labor desinteresada de los hombres de ciencia y de buena voluntad, puede, en cambio, acelerar etapas en la vida de nuestros pueblos. Y para eso nos será particularmente valioso conservar el contacto de un extremo a otro del Continente. Que la enseñanza de los que primero llegan sea semilla fecunda en el huerto de los demás; que la experiencia, a veces dolorosa, de unos, sea como ancha ruta en el camino de los otros; que el entusiasmo de todos sea el mejor estímulo en la obra colectiva que nos toca realizar. Que sea esta tierra nuestra donde, sin sacudimientos rudos, sin convulsiones dolorosas, sin desgarramientos hondos, pueda la buena voluntad de los hombres, merced a la ayuda de sus minorías selectas, preparar un futuro mejor a nuestros hijos.

Señores Delegados:

En nombre de la simpatía que nos inspira vuestra campaña a favor del niño; en nombre del propósito común que nos alienta en el campo de la ciencia y en la acción; en nombre del ideal de confraternidad americana, que es como un símbolo—el más alto, el más puro—en la vida común de nuestros pueblos, la Academia de Medicina de México os saluda!

●